

LA HOJA de PARRA



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.
Telégrafo LIBROJA.

Apartado 547.—Teléfono 1843.
Horas: de 9 mañana á 4 tarde.

SUMARIO

- UN PEQUEÑO REPORTER**
Sección vermouth.
- JOAQUIN DICENTA**
Entre sorbo y sorbo.
- ANDRÉS GUILMAIN**
Invitación al amor pasajero.
- EDUARDO ZAMACOIS**
Fray Pedro.
- J. ACEDO**
Madrigal.
- DIEGO SAN JOSÉ**
Noche de ayuno.
- MANUEL CAMACHO**
Ingenuidad.
- JERÓNIMO GÓMEZ**
Lo que es el amor.
- MERCUCCIO**
Anécdotas picantes.
- F. GONZÁLEZ RIGABERT**
Después del baile.
- ENRIQUE MALBOYSSON**
Mi nenita rubia.
- TOVAR, DEMETRIO
Y AFRODITA**
Varios dibujos y retrato de
Vicenta Vargas.

VICENTA VARGAS

Buena cupletista, bien formada y graciosa de suyo.
En Romea la hemos aplaudido de muy buena gana.
¡Qué te queremos, Vicenta!



5 céntimos



Hoy empieza el efímero reinado de Momo. A pesar de que nos le presentan feo y ridículo, para mí es un dios eminentemente simpático, entre otras razones, porque hace que sus creyentes rindan culto a la Madre Naturaleza, todas cuantas veces puedan. Un mi amigo, medio notable, especialista en alumbraamientos, me ha dicho que da la casualidad de cuando tiene más clientela es á los nueve meses de celebrarse el Carnaval, semana más ó semana menos.

Y se explica este fenómeno que le ocurre á mi amigo en el ejercicio de su profesión. La gente se ha pasado cuatro ó cin-

co meses anquilosada y fúnebre, metida en ropa, huyendo de las inclemencias del tiempo, sin otra expansión que los ratos de película con la sala á oscuras, que cada prójimo haya podido aprovechar (y los hay, pero que muy ansiosos!) y como es lógico aguarda como agua de Mayo en campo sediento, que lleguen estos días en que hay cierta mano ancha para todos, la cual puede servir de vehículo para currucescantes empresas, en las que la antes mencionada Madre Naturaleza, toma una parte principalísima. Vamos, que se busca la madre, con el concurso obligado de la parte.

El confetti es un auxiliar poderoso para los escarceos preliminares. Un puñadito arrojado suavemente sobre el rostro de una mujer, es un símbolo que significa el gusto con que el interesado sustituiría aquella porción de papelllos por otra cosa más expresiva, y á su vez, una mujer pasa al lado de un transeunte de su agrado y le amenaza con tirarle un puñado, y á veces no puede contenerse y se lo tira, que es precisamente lo que desea el sujeto agraciado.

Este es el punto de partida; después viene la batalla y, naturalmente, la mujer, como es el ser más débil, acaba por entregarse exclamando con voz entrecortada, por la jadeante lucha, á la vez que cierra los ojos: «Basta, basta, ¡no me eche usted más!». Si bien es cierto que hay muchas que no dicen esto hasta que al hombre se le han agotado todas las existencias, que también las hay muy ansiosas, como decía antes al hablar de los cines. Pero esto ocurre, por regla general, con las que son maestras en la lucha y no se cansan ni aunque su contrincante tenga una bolsa de dos kilos, que ya es una cantidad bastante respetable.

También es otro aliciente, aunque lo prohíbe la autoridad, el jeringazo de agua de Colonia. Las hay que se pirran porque las jeringuen y aunque fingen que quie-

DIBUJOS SIN TERMINAR



ren ocultarse, fijense ustedes bien y observarán que miran con el rabillo del ojo para ver si el atrevido la lleva bien cargada, y, en cambio, les da mucha rabia cuando después de consentirlas no sale nada de la jeringa, que se suelen dar casos.

Y ya que he hablado de observaciones, adviertan la diferencia que hay entre el comienzo y el final de la fiesta. A primera hora de la tarde, los que acuden a ella, marchan tranquilos y reposadamente, mientras que á la del desfile, se agolpan y estrujan y no se ve una mano en su sitio; y es que en el fragor de la batalla todos se han quedado mancos.

Pero donde esta desaparición de las extremidades superiores resulta mucho más alarmante es en las carrozas: allí todo el mundo se siente profesor de masaje, á medida que va oscureciendo, y así resulta que entre los esfuerzos, al gritar con loco entusiasmo, los vapores del vinillo de la merienda y el polvo que se produce, naturalmente, á consecuencia del movimiento,

cuando el vehiculo llega al término de su viaje, hasta el mayoral, que suele ser un filósofo con tralla, ha perdido la cabeza ó por lo menos la tiene muy hinchada.

Luego, para remate, vienen los bailes de aquellarre, de la noche, donde las parejas sofocadas, sudorosas y jadeantes, bullen, en humano hervidero, apiñándose y confundiendo, con las galas del disfraz marchitas y rasgadas, los rostros encendidos, la carne palpitante de emoción, mientras Momo, ebrio de placer erótico, rie á carcajadas, haciendo que en sus histéri-



La señorita.—Mira, Rosita; en mi ausencia no hagas rabiar á Fifi porque antes daba gusto, pero ahora cuando más descuidada estoy, me arres mordiscos.

La doncella.—Pues yo no le siento los dientes.

La señorita.—Será que tengas la piel más dura.

cas convulsiones repiqueteen los cascabeles de su traje arlequinésco.

¿Se explican ustedes ahora, el por qué, mi amigo el médico especialista en alumbramientos, me decía que da la casualidad de que cuando tiene más clientela es á los nueve meses de celebrarse el Carnaval, semana más ó semana menos?

Lo de la semana menos, no me lo explico. Ahora, lo de la semana más ya es otra cosa. Es que todavía queda el domingo de Piñata. Que es como si dijéramos, el último refregoncillo del Carnaval.

Un pequeño REPORTER



El señorito — Me voy porque si no te voy á perder.

La cocinera. — ¡Guasón!; bueno, ¿cómo quiere usted los huevos?

El señorito. — Esa pregunta te la debía yo hacer á ti.

Invitación al amor pasajero.

B sémonos. Amémos, Lucy. La vida es breve. Huyamos de la sombra, del dolor, del hastío. . . Floresca nuestro idilio como una rosa alevé que perfuma más tarde tu recuerdo y el mío.

La campaña está en fiesta. Se oyen vagas canciones al zafir infinito tiñe de inmenso tus [ciones. Arde en tu seno el fuego de ocultas sensaciones. Hay aismos ignotos en tu mirada azul...

Nuestro abrazo supremo sea un reto al Destino. Agotemos la copa del amoroso vino y cuando y el deseo quede extinto é inerte, busque nos el encanto de otros dulces engaños sin pensar que en el raudal desfile de los años nos espera la tétrica sirviente de la Muerte...

Andrés GUILMAIN

Leed en EL LIBRO POPULAR

El crimen de Beira-mar

novela completa por

SOFÍA CASANOVA

20 céntimos

Fray Pedro

Esto ocurrió hace muchísimos años, cuando la ciencia no había despojado aún á los santos de su prestigio, ni á los bosques de su leyendaria poesía.

En el lugar más agreste del monte, y prendido en una resquebrajadora de la montaña como un nido dealcones, estaba el rancho en que se albergaba el pobre cenobita.

Algunos vecinos de los villorrios comarcanos, aseguraban que Fray Pedro ha-



— ¡Qué lástima que no salgamos así á la calle; los hombres se arrojan á la tierra ante nosotras y se pondrían á la altura de las circunstancias!

bía sido en sus mocedades un pecador contumaz, muy aficionado á los naipes y gran admirador de las hijas de Eva: pero aquellas galantes leyendas eran ya de muy atrasada fecha, y el cansancio de los combates amorosos reñidos con envidiable fortuna, habían resfriado el ardiente corazón del temible conquistador de otros tiempos, que fué retirándose paulatinamente de la sociedad y concluyó por procurarse, en lo más intrincado de aquella serraña, un refugio solitario, casi inaccesible, de cabra montés ó de faisán encelado.

Las causas que determinaron en el antiguo galán aquella explosión de misantropía nadie las supo, ni hay para qué quemarse el cerebro buscándolas; obedeciese su conducta á flaqueza del cuerpo abito de goces, ó á desengaños amorosos, ó, pensando más cristianamente, á remordimientos por todo el mal que había hecho, lo cierto es que Fray Pedro observaba una conducta ejemplar, y que podía ofrecérsele como espejo limpísimo de castidad, de frugalidad y de evangélica resignación. Era tan rotundo su alejamiento, que muy pocos podían jactarse de haberle oído hablar, los chicos le temían,

creyendo ver en el ermitaño algo que trascendía á espíritu ó embeleco del otro mundo, y entre los habitantes del valle gozaba fama de santo milagrero, caritativo y de vastísimo saber.

Lo innegable es que Fray Pedro, á despecho de su ascético retraimiento, de sus pesadumbres, de su incipiente vejez y de otros requilorios de menor cuantía que no hay para qué enumerar, no había logrado domeñar aún la briosacometividad de su sanguínea condición, y continuaba librándose rudos combates contra el Demonio que procuraba corromperle tentándole con seductoras añagazas... El Demonio ponía ardores de hoguera en su carne, y cargaba de electricidad sus nervios y requemaba su piel con el fuego íntimo y lento de la sensualidad reprimida, y enloquecía su cerebro turbando la paz de sus noches con orientalescos ensueños poblados de figuras y pormenores de quitesenciada voluptuosidad.

A esto obedecía, sin duda, el que Fray Pedro, temeroso de incurrir en algún pecado que le cerrase las puertas del paraíso perdurable, se tratase á sí mismo con inaudita crueldad. Ayunaba con frecuen-

EL «CHAUFFEUR» PRUDENTE



El viejo (furioso).—Le he dicho á usted que meta la cuartal

El «chauffeur».—Señorito, si quiere usted que le diga la verdad, ya no estoy para esas cosas.



—Lo extraordinario es que cuando era una chicuela y no me cuidaba, tiraba á mujeruca de pueblo, y ahora que cuido tanto mi cuerpo... sigo tirando.

Biblioteca Regional de Madrid

cia, pasaba muchas horas entregado á la meditación ó á lecturas piadosas; se flagelaba con fuertes disciplinas enceradas, comía hierbajos y frutas silvestres válido de la soledad en que vivía, andaba completamente desnudo en todo tiempo, sin curarse de los fríos del invierno ni de los rigores del verano, y sin más abrigo que un enorme sombrero de paja; especie de sombrilla robinsónica que le perservaba del sol.

No obstante, esta desdichada indumentaria de hombre primitivo, Fray Pedro ganaba en consideración y valimiento; se le atribuían curas extraordinarias y milagros dignos de competir con los más estupendos de los referidos en las Sagradas Escrituras; y eran muchos los enfermos y los tristes que desde lejanos villorrios acudían á referir sus cuitas y pedir consejo al modesto, talentoso y virtuosísimo ermitaño.

El beatífico sosiego de Fray Pedro distaba mucho de ser real. Bajo aquel continente reposado y aquel rostro tranquilo de anciano bondadoso, rugía el volcán amenazador de su virilidad represada y ensoberbecida como torrente que embiste y se estrella contra un obstáculo infranqueable; ó como potro salvaje que corcoba y se revuelve inútilmente bajo el puño vigoroso del jinete; y quien hubiera sabido traducir la expresión de sus ojos turbulentos, y los anhelos de su befo rojo y caído, y la sensualidad de aquella robusta cerviz de toro padre, y toda su hercúlea complexión de araucano, hubiese adivinado el fiero huracán de pasiones que destrozaban aquella alma ardiente de hombre meridional.

La rigurosa castidad de Fray Pedro encontraba en el invierno un poderoso auxiliar que le ayudaba eficazmente á soportar la dura cruz de su castidad, pero con la llegada de la primavera se recrudecían sus inquietudes, la flagelación era insuficiente, sus largas virgalias se poblaban de voluptuosos antojos y lle-

gaba á ser doloroso aquel combate inaudito entre la voluntad y la carne indomable del piadoso ermitaño que por todas partes creía ver el rabo de Satanás, rodeado de llamas y oliendo á azufre....

Y sucedió, que aquella hermosa mañana de Junio salió Fray Pedro muy tempranito de su choza, para dulzurar sus crueles obsesiones con las frescas y salutariferas brisas del amanecer. Caminaba á buen paso, hollando con sus pies desnudos los lozanos herbazales remojados por el rocío de la noche, y sintiendo que el bienhechor remusgo matinal acariciaba su piel abrasada por una noche de virgilia febril. El cielo empezaba á teñirse de carmin y los pajarillos picoteros canturreaban entre



—Chiquillo eres una verdadera maravilla; cuéntos con menos méritos que tú tienen un sillón en a Academia...



Ella.—¡Parece mentira papá! ¡Siendo tú el empresario, no estrenas mi marido!...

El.—¡Pero hija de mi alma si la obra de tu marido es cortisima! Si consiguieras que la alargase...

Ella (suspirando).—¡Le he intentado tantas veces!...

los árboles saludando la llegada del sol que parecía trepar por los cielos como perla magnífica en la concha nacarina que dibujaban sus rayos descomponiéndose en los espacios anegados en luz...

Fray Pedro continuó andando febrilmente durante mucho tiempo, y al fin, hallándose fatigado y más sereno, se sentó sobre una piedra, dejó su ancho sombrero sobre la hierba y aspiró con fruición las selváticas emanaciones de aquel bosque druidico que aún no había sido profanado por las sangrientas correrías de los cazadores. Estaba tranquilo y seguro ya de haber vencido nuevamente las tentaciones del espíritu maligno, se postró de hinojos y rezó largo rato á Dios Nuestro Señor, dándole gracias por haberle sacado sin mácula de tan rudos aprietos. Luego, confortado el ánimo por la oración, tornó á persignarse devotamente y emprendió el regreso hacia su cabaña, mientras se esparcía su imaginación dialogando consigo mismo.

Caminaba perezosamente, con ese candor de los niños á quienes la pubertad no

ha enseñado aún las vergüenzas del desnudo, ó la cándida despreocupación que debió de tener nuestro padre Adán antes de incurrir en el famoso pecado matriz de vuestras malandanzas; y así iba el beato Fray Pedro, cuando al descender hacia la margen de un arroyo que por allí pasaba arrullando á la selva con sus eternos murmullos de agua corriente, oyó ruido de voces femeninas y casi simultáneamente vió dos muchachas, bonitas como amores que acababan de bañarse y salían del agua abrazadas y sin otro abrigo protector de su recato que las lueguas trenzas de sus cabellos rubios.

Fray Pedro, en el cenit de la estupefacción, se persignó é invocó el dulce nombre de Jesús, creyendo que tenía que habérselas con nuevas invenciones diabólicas; pero muy luego se convenció de que no se trataba de mujeres fingidas y de tramaña, sino de dos admirables pecadoras de carne y hueso; porque ellas, no bien apercibieron al ermitaño, lanzaron un grito de terror y permanecieron perplejas, avergonzadas de presentar su virginal hermosura tan de relieve.

Así estuvieron los tres algunos momentos, ellas todo medrosicas y ruborosas, y turulato Fray Pedro, que instintamente había cubierto con su rubinsónico sombrero aquello que el decoro exige tener más oculto y guardado. Mas, á despecho de su turbación no tardó el ermitaño en sentir de nuevo la íntima comezón, los latigazos de sensualidad y todo aquel laberinto de libidinosos deseos con que el Diablo le traía tan mal parado, y sin darse cuenta de lo que hacía levantó las manos para frotarse los ojos y ahuyentar lejos de sí la tentadora visión... Siendo lo milagroso que el sombrero, con gran desprecio de las leyes físicas, que por la cuenta no fueron hechas para los santos, permaneció inmóvil, cumpliendo su pudibunda misión...

Así lo refrieron, por lo menos, las dos gentiles doncellitas que pusieron la virtud



—Aunque parece que estoy muy tranquilo, estoy con cuidado.

del viejo cenobita en tan extremado pelligro, y aquel fué uno de los milagros que más alto hablaron en pro de la evangélica pureza y castidad de Fray Pedro.

Eduardo ZAMACOIS

Leed en **EL LIBRO POPULAR**

El crimen de Beira-mar

novela completa por
SOFÍA CASANOVA

20 céntimos

Noche de ayuno

Cierto que Nuestra Señora la *Suerte*, es dama caprichuda y de talante banal y loco. Diéras muy bien razón de ello este pobretito de *Polilla*, casado habrá medio año, con Dorotea, la más gentil hembra que hay entre la Puerta de Gualajara y *El Mentidero*.

Cuando matrimoniaron, había *Polilla* un gentil empleo en las oficinas de «Regalo y aposento», y por ende pudo celebrarse la ceremonia con poco menos rango que si fuese casorio de un príncipe de la sangre.

Pero he aquí que la dicha doña *Suerte*, como vió al enamorado con mujer hermosa y muy propia para las crudas veladas del invierno, pensó que no había menester de más satisfacciones ni comodidades y envióle licencia (sin sueldo) para que no pisase más las losas de su covachuela.

En principio no se les dió mucho á los enamorados desta impertinencia, pero como á fuer de jóvenes eran caprichosos y gastosos, no habían hecho grandes prodigios en la difícil ciencia del ahorro.

Y por ende, en seguida, comenzaron los apuros económicos.

Mas como entendieron que al unirse en indisoluble lazo, por obra y gracia de Nuestra Santa Madre Iglesia, estaban obligados á cumplir un alto deber de ciudadanía, que es el dar hijos á la Patria, no dejaban de machacar sobre ello en toda ocasión...

Llegó la escases de moneda á tal punto que hubieron lamentable necesidad de no hacer más de una comida, suprimiendo la colación de la noche, pero sin dejar de acordarse que habían de procurar, en la medida de su fuerzas, aumentar los Ejércitos del Rey Nuestro Señor.

Llegó al fin un día, tan descomulgado, que no hubo medio de poner la olla. Poco después de anochecido, que era uno de estos glaciales, que tiene por bellaca costumbre el mes de Enero, llegó *Polilla* á su casa con las manos libres y los bolsillos desalquilados.

La infelice, bella y desmedrada Dorotea, hallábase toda resignada al rescoldo de unas brasillas que, puestas en una



Demetrio

...cuidado, porque re e ha dicho Pe pe: «El día que te roja ¡te has caído!»

MADRIGAL

Bres doctora en la difícil ciencia de recogerte sin ruber la falda ciñéndola á la espléndida opulencia que el pedestal compone de tu espalda, y dejando entrever bajo el encaje de la enagua tu pie correcto y fino y tu descomunal «pantorrilleje» capaz de hacer pecar á un capuchino.

Te protegen un conde y un banquero y por ti se ha arruinado un mejadero que toca en una esquina la guitarra... mas si sigues gastando á «troche y moche» aunque tengas el rra hotel y coche vendiendo acabarás LA HOJA DE PARRA.

J. ACEDO

cazuela, tenía casi bajo del guardapiés.

Interrogó á su marido con los tristes y parleros ojos. Este respondió con un gesto de desaliento.

Calló la pobreta y amparó más si cabe el brasero en el imperio de las faldas.

—¿Qué haces? —preguntó *Polilla* temiendo que pudíeráse prender la faldamenta.

—Ya ves —respondióle *Dorothea*— calentando la cena.

Y él replicó alzándose malhumorado del taburete en que se asentaba:

—Déjalo, mujer, esta noche es viernes y no habemos de cenar...

Diego SAN JOSÉ

Ingenuidad

—Pronto, confiesa tu falta,

ábreme tu corazón—...

dijo don Ruperto á su hija radiante de indignación...

Y su hija, sollozando, contestóle á don Ruperto:

—¿Que te abra mi corazón?...

Papá... ¡si lo tengo abierto?...

Manuel CAMACHO

¿EN QUÉ SE PARECE UNA COCOTA A UN FRAIL?!



En que se pasa la vida consumiendo polvos.

Biblioteca Regional de Madrid

SERA EL HUESO



La jamona.—¡Ay, Arturito, qué muslo más delgado tiene usted!

Arturito.—¡Si no es el muslo, marquess!

Entre sorbo y sorbo

Discutíamos mano á mano. ¿De qué? De lo que pueden discutir cuando no riñen ó se aburren, una mujer fácil y bonita y un hombre, joven todavía, luego de un almuerzo en que ni escasearon las viandas

ni faltaron los vinos. De amor hablabamos; de ese amor que está al alcance de todos los corazones y de todos los seres humanos, porque se detiene en la superficie del sentimiento, y busca, como principalísimo premio, goces rápidos é impresiones picantes. No discutiendo amores, porque antes dije mal: mostacando deleites futuros, estábamos *Eugenia* y yo en el elegante comedor de la casa, bebiendo deseos el uno en los ojos del otro, y apurando á sorbos lentos y abundan-

tes, sendas copas de vino de Champagne.

Era Eugenia una deliciosísima criatura.

La Naturaleza, maestra admirable cuando para atención en sus obras, la había modelado irreprouchablemente para los ob-

jetos á que debía servir en el mundo. Esbelta, fuerte, blanca de piel, con el pelo y los ojos tan negros como encendidos los labios y blancos los dientes, con el cuerpo tan pronto á las languideces súbitas y á los súbitos encrespamientos del deleite, como la boca á la risa y los labios al beso: resultaba una compañera insustituible para un viaje de amor, para un viaje corto, se entiende, no hablo del viaje de la vida.

Ella y yo habíamos emprendido ese viaje corto, almorzando juntos y haciendo la primera parada formal en los postres, mientras el Champagne fermentaba en las copas y el café hervía en su recipiente de acero.

—Mira, para el café —dijo Eugenia—, voy á traerte una botellita de Chartreuse, un Chartreuse especial (regalo del conde), tomaremos un par de copas y... ¡á vivir!

—Envuelta en un periódico y todo, como la trajo el hombre —añadió Eugenia cuando volvió á su sitio—, traigo yo la botella. ¡Ea! desenvuélvela y llenaré las copas.

Desenvolví de la botella el periódico que la guardaba, y mientras mi amiga servía el Chartreuse, fijé mis ojos en las letras impresas del diario.

Era de fecha ya remota. Mi vista dió sobre un telegrama de Sevilla que relataba el suicidio de una obrera, de una pobre

muchacha que, obligada á mantener á los suyos y despedida de la fábrica, padeció, la miseria primero, el hambre propia y la de su familia después, y tomó al cabo la resolución de tirarse por el puente de

EN EL MUSEO



—¡Es raro; desde que se ha puesto en esta sala la ninfa, al sátiro se le pone la hoja en su color natural.

Triana abajo, para sepultar sus desdichas en las aguas del Guadalquivir.

La impresión de tristeza que aquella noticia vieja me produjo, debió reflejarse en mi cara, porque Eugenia, deteniendo la botella en el aire con un brazo, y rodean-

do con el otro mi cuello, me preguntó: —¿Qué tienes?

—Nada —repuse—. He leído distraidamente este periódico, y ¡mira qué tontuna! el conocimiento de una desventura acaecida hace ya meses, me ha quitado el humor.

—¿Qué has leído? —me volvió a preguntar Eugenia.

—Léelo —contesté alargándole el trozo de periódico.

También la hermosísima cara de Eugenia manifestó tristeza, mientras su boca deletreaba el trágico suceso; también en sus ojos, siempre alegres, brilló un destello de melancolía.

—¡La miseria! ¡El hambre! —exclamó—. ¡Qué quieres! Ese es el porvenir de todas las trabajadoras. Llega un día en que falta el trabajo y no tiene una más remedio que tirarse de cabeza al río ó tirar la vergüenza en mitad de la calle... Yo hice lo segundo; esa pobre chica lo primero. ¡Valiente tonta! ¡Tirarse al río!... ¡Bah!... ¡Para qué?... Mejor es lo otro; por lo me-



La señora.—¡Ay, Pepito, qué desgraciada soy; mi Aurora ha tenido un trop. zol. .

El.—Pues á mí me han dicho que ha sido una aña.

LAS SOLTERAS



Una.—¡Sería tremendo que sospechasen nuestras intimidades!...

La otra.—No te preocupes, es á lo que nos condena la sociedad... si pudiéramos hacer como los hombres que todas las noches van de picos pardos... y no se deshonran por eso...

nos, mientras dura la juventud, una se divierte... Siendo joven, ¿por qué se tiraría al río esa chica?...

Eugenia quedó un momento pensativa y luego, alzando en alto la copita llena de Chartrense verde, que parecía una esmeralda donde se quebraban los rayos del sol, dijo, como hablando consigo misma:

—¡Puede que fuese feal!...

Joaquín DICENTA

Lo que es el amor

Salían de una iglesia, en cuerpo y alma unidos, dos amantes gozosos y á su pasión rendidos; y al verles, sin tardanza, les dijo el sacristán: ¡Vuestros dulces ensueños, que presto pasarán! Amor es sentimiento fugaz y variable, y el tiempo le reduce á polvo deleznable. Y añadió con firmeza: No lo olvidéis jamás; el amor se reduce á polvo nada más.

Jerónimo GOMEZ

Anécdotas picantes

Caridad regia.

Enrique II de Francia, el hijo del rey caballero, era tan caballero como su padre, lo cual no es decir mucho, pues Francisco I fué un apreciable bribón y, además, infinitamente más caritativo.

Este buen rey tenía relaciones íntimas del todo, con la duquesa de Valentinois, aquella honesta Diana de Poitiers, tan excesivamente generosa, que según el historiador Brantome «había favorecido á tantas personas que podía decirse era grande en todo».

Y sucedió que Enrique II fué á visitar á Diana una noche en que ésta favorecía al mariscal Brissac.

Al sentir llegar al rey el mariscal se introdujo debajo de la cama, pero no tan deprisa que Enrique II dejase de verle por el ojo de la llave. Sin embargo, el rey no dijo palabra sobre el asunto á su favorita, con lo cual se acostó tranquilamente.

Entregado á las labores propias de su sexo estuvo largo rato Enrique y fatigado

luego pidió una ligera colación para reponer sus fuerzas.

Fuéle ésta servida, y comenzó á comerla, mas, de pronto, interrumpió su yantar y tiró bajo de la cama una caja de dulces diciendo bondadosamente: ¡Pobre Brissac!... Es menester que todo el mundo viva.

Lo propio y lo ajeno.

En la historia de la corte francesa del rey Carlos VI, hay una anécdota curiosa que prueba hasta qué punto se menosprecia el bien propio y se envidia el bien ajeno.

El duque de Orleans, hermano del citado rey, estaba en amores con la esposa de su amigo el señor de Canny.

Una mañana el duque y su querida, que habían pasado la noche juntos, oyeron la voz del señor de Canny, que solicitaba ver al príncipe.

—Que no se detenga —dijo éste tapan-do la cabeza de la infiel esposa con la sábana.

Y el pobre esposo entró.

El duque le ofreció entonces mostrarle

8

MÚSICA

LA IDEAL RUM.

Por mi cara graciosa y bonita,
por mi hechuca gentil y serrana
ni la Venus de Milo me quita
este trono de primera plana.

Los lectores detienen sus ojos
y los claván con ansia en los míos
y unos sufren la mar de ser ojos
y á los otros les da escal fríos.
¡Ay, qué cara, qué cara, qué caral
¡Ay, qué cara me traigo aquí y ol
¡Ay, qué cara, qué cara, qué cara...

¡Dios mío, qué cara...

le cuesta mi cara á mas de un gachó!

(Gesticula).

Los que están contemplando mi busto,
me demuestran con rostro encendido
que verían con mucho más gusto
lo demás que yo tengo escondido.
Pero no hay que pensar adelante.
Me reventan los hombres curiosos.

5

¡Pero, oiga usted! ¿Qué me da usted aquí?
¿Pa pagar un perro chico me suelta usted
un papiro de veinticinco pelas? ¡Nos ha
mataof!...

EL CURIOSO LECTOR.

¿Y qué voy á hacer, si no llevo suerte?

CHICUELO.

¡Ni yo tampoco! ¿O es que me ha tomado
usted por el Banco Hipotecario?

EL CURIOSO LECTOR.

Pues cámbialo por ahí. (Transición).
Pero, guarda, guarda, que iré yo contigo;
no te vaya á dar la ocurrencia de cam-
biarlo en provincias. (Abandona su asien-
to á los embates de la vida y marcha tras
el Chicuelo).—(Continúa la orquesta, en-
fuerte, y sae á poco por delante del telón
EL CURIOSO LECTOR con su buen ejemplar de
LA HOJA DE PARRA y acabando de contar
el cambio). ¡No; que se juegal

un bello cuerpo de mujer, á condición, desde luego de que no había de intentar ver el rostro de la dama.

—Prometido — contestó el señor de Canny.

Y bajo esta palabra, el duque de Orleans, puso á la vista del marido el cuerpo de la esposa en toda su desnudez, permitiéndole considerarlo á su gusto, admirar las más secretas bellezas y aun tocarlas para apreciarlas mejor.

Canny se muestra encantado de lo que ve y palpa. Y manifiesta su admiración diciendo que jamás ha podido creer existiese una mujer tan perfectamente formada.

—Te excedes en la alabanza —le dijo el duque — pues tienes una esposa que pasa por modelo de belleza.

—¡Oh, no! —repuso el señor de Canny, con acento convencido —mi mujer no es ni con mucho tan bella como ésta. ¡Qué ha de ser!...

Bajo el lienzo que cubría su rostro rió la dama. Rió el duque. Y rieron luego los cortesanos al conocer esta aventura, que desde el siglo xiv hace reír á todo el que la oye ó la lee.

MERCUCCIO

¡ESPUES DEL BAILE

A Pilar Cohen.

—¡Puff!... ¡Chicos, qué asco!... ¡Buen modo de prepararse para el Carnaval!...

Era Jacinto Ruiz del Arbol que, á un paso más que ligero, hacia atrás la chistera llena de *confetti* y subido hasta los ojos el cuello del gabán, desembocaba en la Puerta del Sol por la Carrera.

Colgada de mi brazo Lucila, una camarera del café de la Victoria, meida en un «bebé» azul celeste, rió, irónica, á grandes gritos. Yo rei también; y Jacinto, furioso en «crescendo», añadió:

—¡Siquiera, vosotros!... ¡Te digo, hombre!...

Las cuatro y cuarto en el reloj de Gobernación. El frío intenso de la madrugada nos hizo acordar pronto el sitio donde habíamos de ir. A casa de la «Matildona». De seguro que en aquel momento habría juerga.

Desde la calle sentíase la orquesta de ciegos, que nos era muy conocida, y el

EL CURIOSO LECTOR.

La *verdad* que el papelito éste *tié* un *ñ*oma de *volu*tuosidad que *enerv*; ú, si se quiere, *deprime*. Y aunque no se quiera. Bueno, y yo, con la *venia* de la sala, voy á ver si me *enervo*. (*Pasa la hoja de papel de seda y se queda extático*). ¡Rebaba, qué señoral... ¡Si *pestañeara*!... (*Al decir esto último, queda el teatro á oscuras; pero cuidado con enredar ¿eh?*)

MÚSICA Y MUTACIÓN

CUADRO PRIMERO

(*Cuando vuelve la luz, han desaparecido el telón de boca y EL CURIOSO LECTOR. En primer término, hay un telón que representa exactamente la primera plana del periódico LA HOJA DE PARRA. El rectángulo destinado por este periódico á la sección de «Caras bonitas», aparece practicable, viéndose colocada en él á*

LA IDEAL RUM, que mantiene una actitud plástica, de retrato. Sobre el rectángulo se lee Caras bonitas. Debajo del rectángulo, LA IDEAL RUM, gentil artista de variedades, que ha dado mucho que hablar estos días por no haber rebajado su tarifa, a pesar de la supresión de los Consumos.—Al margen correspondiente, y en la forma en que acostumbra á hacerlo este periódico, va el siguiente

SUMARIO

CARA BONITA

por LA IDEAL RUM.

POSTALES

proporcionadas por varios senadores y académicos de la Lengua.

EL CONFESONARIO

por PAQUITA MOLINETE y EL BESUGUITO.

DESNUDOS

de nuestras artistas más frescas.

CONCURSO

de Fábulas inmorales.

CARICATURAS

de Tovar, «Cy. ano» y Demetrio.

chocar de vasos y los gritos y risas de mujeres y hombres que bailaban, estrujándose, en un delirio furioso de borrachera y de lujuria.

Al subir, en la semiobscuridad de la escalera, sólo alumbrada por el farol del sereno, Jacinto, que ya empezaba á animarse, hubo de pellicar á mi pareja bastante más arriba de una pantorrilla.

Lucila se quejó, mimosa:

—¡Rico, que haces daño!...

Sentí que se besaban una vez y muchas veces, haciéndola él caer, y cayendo sobre ella en el rellano del piso principal, donde permanecieron un cuarto de hora largo...

Al fin, supimos la causa del mal humor de Jacinto Ruiz.

Había estado en el baile de la Zarzuela con una máscara que no quiso quitarse el antifaz ni aún para besarle.

—Temo —le dijo —que te arrepientas de quererme... porque ya me quieres ¿verdad?

Ruiz del Arbol la sentaba, apasionado en sus rodillas, besuqueándola las manos y el seno por sobre el antifaz

—¡Mucho! ¡Mucho!... ¡Así he de querer-te siempre!

Le contó que «era decente», pero una mujer enferma de amor, amor que en nadie, hasta entonces, había encontrado.

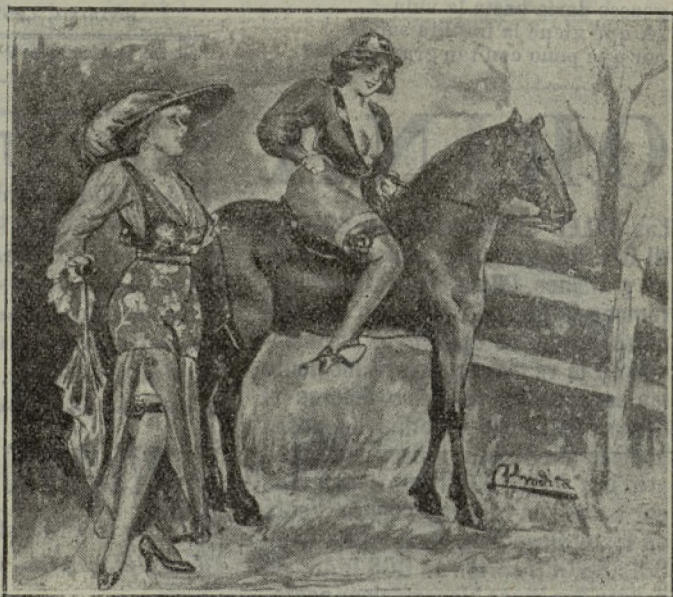
En un descanso Jacinto ofreció á su amiga una copa de champán, que ella, inocente, aceptó de muy buen grado.

Y fué cuando él, aprovechando, rápido, un descuido de la desconocida, deshizo de un tirón el incógnito que se le hacía más codiciable.

... Hubo el mismo grito de terror en las

dos gargantas, y algo siniestro que no pudo traducirse en palabras...

Aurora Cruz, la pobre fea, la mujer enferma de amor, amor que nunca habitó bajo su techo, en su alcoba de mujer soltera muy apasionada, y que aquella noche y por unos instantes rozó sus labios, que se hicieron de fuego para recibirle, fué allí, como iba á todas partes: tras del hombre que no había de llegar, que jamás llegó á ella...



—¿Y á ti no te gusta monta?

—No, niña, al contrario, me gusta ir á pie.

Reímos todos, y volvió el chocar de vasos, y volvieron los gritos y las risas, en el delirio furioso de borrachera y de lujuria...

Bien entrado el día, en las mesas, sobre los divanes y en el suelo, las mujeres enmascaradas, suelto el pelo, descoloridos los labios, dormían, y era su sueño tranquilo, como el sueño immaculado de las vírgenes blancas.

Ellos habían huido todos, to los menos

yo que, en vano, me esforzaba por ejecutar en un viejo violín, allí olvidado, una sonata de Beethoven el divino...

F. GONZALEZ-RIGABERT

Mi nenita rubia

Eres nena tan guapa y tan garrida, que me matas de amor y de consuelo, pues sólo por ti sufro y me desvelo y gozoso daría hasta la vida.

¿A qué viene la insólita salida y por qué peno con tan gran anhelo?

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por CINCO pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO francos ó UN dollar.

Los pedidos, con su importe, diríjanse UNICAMENTE A ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DRA., MADRID (C/za fundada en 1896).

BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.
Biblioteca Regional de Madrid

Porque quisiera ya verme en el cielo en mis brazos teniéndote cogida.

Te amo mucho, nenita rubia y loca, deseo con encanto y embeleso, libar el rico néctar de tu boca.

Apágame este fuego con un beso; ¿ves? ya me abrazo, me consumo, ¡toça! ¡Espera así su libertad el preso!

Enrique MALBOYSSON

Agentes exclusivos en Sud América
MASSIP Y COMPAÑIA
RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S.A.)

IMPOTENCIA

ó debilidad genital, se cura con las Perlas-Leroy. Caja, 7 ptas.

F. Gayoso. Arenal, 2, Faïmacla.

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA y EL LIBRO POPULAR.

Francisco Pastor, Jacometrezo, 1, 2.º

SEGURIDAD ABSOLUTA

La tendréis si usáis las gomas higiénicas que vende

LA MASCOTA

GATO, 4.

Catálogo gratis enviando sello.